

LA HISTORIA GLOBAL Y LA OBRA DE IMMANUEL WALLERSTEIN*

María Alba Pastor

La crisis de los discursos histórico e historiográfico como sustentos de la explicación de la dinámica de las sociedades y como recurso para orientar las futuras conductas humanas es un hecho de la historia de la cultura de estas últimas décadas del siglo XX. La posibilidad de observar que en efecto este hecho se está produciendo se encuentra en la situación defensiva en la cual han sido colocados los discursos histórico e historiográfico ante la preponderancia de la tecnocracia, la dictadura de los medios masivos de comunicación y la desconfianza en el progreso. Los discursos histórico e historiográfico han quedado devorados por una nueva ideología desconectada de los compromisos sociales, que fomenta el placer de lo instantáneo, de lo efímero.

Pero la crisis de los discursos histórico e historiográfico no puede ser solamente atribuida a factores culturales externos de índole estructural o al espíritu de esta época denominada "posmoderna". Al interior de la ciencia de la historia han ganado un amplio terreno las tendencias que se alejan de la problemática de la realidad social actual. Algunas de sus debilidades han sido dejarse desgastar por los discursos políticos; aceptar las historias oficiales que justifican los programas políticos del momento y prescindir de la crítica oportuna y continuada hacia el uso simplificador de acontecimientos históricos destinados a homogeneizar el mapa social en torno a fines e intereses centrales de carácter nacionalista o fundamentalista.** Otra debilidad ha sido optar por la especialización aséptica, encargada de deconstruir el saber histórico, de hacer de todo objeto del pasado un objeto historizable, descriptible desde variadas y múltiples perspectivas, a través del uso de técnicas sofisticadas y de la presentación de los resultados en formas atractivas que sean capaces de competir con las imágenes visuales que proyectan la televisión, los videos y los "happenings".¹

Pensar la historia en imágenes visuales, traducir lo histórico al lenguaje visual; optar por una especialización exhaustiva haciendo uso de la cibernética, de la estadística avanzada o de otras técnicas, en algunos casos, resulta posible y deseable, siempre y cuando se tenga clara la posición del presente desde la

* Este trabajo es un resultado parcial de los estudios realizados como investigadora asociada al proyecto de Investigación que dirige el Mtro. Bolívar Echeverría, titulado *El concepto de "mestizaje cultural" y la historia de la cultura en la América española del siglo XVII (la Nueva España y el reino de Quito)*. Facultad de Filosofía y Letras-DGAPA, UNAM, IN 600691.

** La reciente protesta en contra de los contenidos de los libros de texto gratuitos para la educación básica en México es un intento por modificar la dirección de estas tendencias; pero ésta no parece ser una característica de la historiografía mundial.

cual se producen las nuevas imágenes, las nuevas informaciones e interpretaciones, puesto que los discursos histórico e historiográfico han ido perdiendo, durante estas últimas décadas del siglo XX, su posibilidad de ser orientadores y no justificadores de las acciones sociales y políticas, han ido perdiendo la conciencia de su responsabilidad y por lo tanto han dejado de ser explicativo, para contentarse en lo meramente descriptivo o narrativo.

Si hiciéramos una revisión de la historia de las historias generales y universales, seguramente advertiríamos que esta época de crisis de los discursos histórico e historiográfico, de crisis de los paradigmas, de crisis de los proyectos y compromisos sociales, se corresponde con una muy amplia producción de estudios especializados, parciales o regionales y una muy limitada producción de síntesis globales de explicación de la historia.



En la historia de la historiografía los intentos por explicar los procesos del desarrollo humano desde el punto de vista de su globalidad o integridad los encontramos desde la época moderna, al hacerse posible la intercomunicación de todas las culturas del orbe. Desde entonces, podemos advertir intentos por integrar una noción de totalidad que hace énfasis en “lo más significativo” de “todo” lo acaecido en el tiempo y el espacio conocidos. Enfoques de esta naturaleza generalmente aparecen cuando ocurren alguna de las siguientes situaciones extremas: cuando los deseos de universalidad afloran en sistemas sociales que detentan una conducción hegemónica; cuando es necesario responder a los proyectos de conquista de otros pueblos; o bien cuando es necesario hacer frente a crisis estructurales generales y profundas.

La Primera Guerra Mundial y el período de entreguerras constituyen uno de los momentos en los que estas tres situaciones extremas se presentan en Europa. La globalidad del conflicto bélico por la interdependencia industrial y comercial del mundo, la evidencia de la primera amenaza de exterminio de la vida humana por el avance de la tecnología militar y la crisis económica van acompañadas de cuestionamientos en las ideas acerca del progreso y la seguridad de las grandes potencias como directoras de los destinos del planeta. Es entonces cuando el atraso de las sociedades del hemisferio sur requiere nuevas explicaciones que vayan más allá de la simple fórmula de la inferioridad. Los esquemas relacionados con la oposición entre la barbarie y la civilización se reformulan.

En los centros de la economía mundial, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania y Francia, se producen nuevas concepciones históricas que tienden a procurar descubrir las regularidades de los comportamientos humanos y sociales y a trazar, a partir de ellas, nuevos caminos u orientaciones. El inglés Arnold J. Toynbee en su obra *Estudio de la Historia*, recupera algunos de los principios del evolucionismo e introduce otras definiciones de los conceptos de sociedad y civilización. En Alemania, Spengler, en su *Decadencia de Occiden-*

te, traza un esquema evolutivo del desarrollo de las culturas y sus “esencias fijas”. El estadounidense Talcott Parsons trata de fundamentar la posibilidad de aplicar la teoría sistémica al estudio de la Historia, reforzando con ello las tendencias anglosajonas hacia un neopositivismo empirista y tecnológico de carácter prospectivo. La obra de Marx se difunde, fragmentada, simplificada y esquematizada, como la otra noción de totalidad o la “verdadera interpretación científica” de las regularidades en la historia.

En la misma época, la teoría weberiana y el presentismo o filosofía de la vida con Dilthey en Alemania, Huizinga en Holanda, Croce en Italia, Collingwood en Inglaterra y Ortega y Gasset en España presentan sus particulares interpretaciones acerca del desarrollo histórico universal y lanzan severas críticas a toda aquella historiografía que partiendo de un esquema preelaborado moldea la realidad para adecuarla a intereses definidos de antemano. Todos ellos coinciden en afirmar que la esencia de la investigación histórica se encuentra en la comprensión de la singularidad de los hechos, único camino para desentrañar las problemáticas y los conflictos sustanciales de la vida humana. Bajo esta concepción, las conductas de los hombres, las particularidades psíquicoespirituales constituyen el punto de partida de la explicación histórica cuyo fin “pragmático” está en contribuir al desarrollo de la conciencia histórica, quedando como un imposible la construcción de visiones generales definitivas acerca del pasado. Para esta filosofía de la historia, las experiencias y problemas presentes guían las interrogantes a las que sometemos al pasado, luego la Historia es continuamente reelaborada desde diversos puntos de vista subjetivos.

A partir de la década de los cuarentas, Fernand Braudel continúa el esfuerzo por elaborar una metodología capaz de dar cuenta de la historia global. Braudel rechaza las tendencias que creen en la posibilidad de elaborar un esquema teórico-metodológico único y general aplicable a todas y cada una de las realidades históricas particulares. Por el contrario, cree que la ciencia, la técnica, las instituciones, el derecho, la sensibilidad, los gustos, la vida cotidiana, las creencias, las costumbres, en fin, todas las manifestaciones humanas, tienen sus reglas particulares, sus códigos propios, sus continuidades y discontinuidades específicas y se vinculan en los distintos espacios y tiempos particulares conformando una totalidad histórica concreta.

Distinguir aquello que el tiempo tarda en desgastar de aquello que resulta efímero es, para Braudel, la posibilidad de encontrar el sentido de la historia, el sentido del proceso histórico integral, en continuo cambio, y de su estructuración en tiempos de duración larga, mediana o corta. Las historias particulares, sus lenguajes, sus ritmos y tiempos, son los núcleos centrales de las estructuras generales, de ahí que, para Braudel, las estructuras sean dinámicas y las sincronías momentos coyunturales.

Yo soy estructuralista por temperamento —señala Braudel—. No me interesa el acontecimiento y sólo a medias la coyuntura a corto término, la cual no es, después de todo, más que una simple agrupación

*de acontecimientos del mismo signo. Pero el estructuralismo de un historiador no tiene nada que ver con la problemática que preocupa, bajo el mismo nombre, a las otras ciencias del hombre. No tiende a la abstracción matemática de relaciones que se expresan en funciones, sino hacia las auténticas fuentes de la vida en lo que ella tiene de más concreto, cotidiano, indestructible, y de más anónimamente humano.*³

La obra de Braudel pone un interés central en el origen y el desarrollo del sistema capitalista, una estructura de larga duración, cuya complejidad viene de la presencia de una imbricada red de historias particulares, de restos culturales tradicionales y de formaciones materiales y espirituales innovadoras que se proyectan al mundo entero. La expansión del capitalismo, las formas como se articula y al mismo tiempo se transforma; las reacciones de los antiguos regímenes frente a los usos y las costumbres modernas; los contactos comerciales y mentales entre polos geográficamente apartados o aldeas cercanas, entre ciudades y campos, entre fábricas y talleres, en suma, el juego de los intercambios y la distribución de las mercancías y los hombres, de la vida espiritual y la vida material, de lo manual y lo intelectual, de lo que se dice y de lo que se calla, de lo que persiste y de lo que se revoluciona, son “las esencias significantes” en los análisis de Braudel.



Del anterior repaso historiográfico podríamos concluir que Braudel resuelve varios de los problemas relacionados con la elaboración de las historias globales. La propuesta de Braudel es crítica de aquellas historias que tienen como *leit motiv*, consciente o inconsciente, la justificación de una ideología, programa político o proyecto de expansión, colonización o dominio, a través de la formulación de esquemas producidos en laboratorios, de búsquedas metafísicas de leyes generales o universales y de sacrificios de las historias particulares. Es crítica también de aquellas historias que se conforman con la descripción de acontecimientos y que confunde la historia global con la historia completa. Para Braudel, el compromiso de la historiografía con el presente está en la construcción de la Historia como una ciencia capaz de “denunciar” al descubrir las intrincadas relaciones humanas, las estructuras inconscientes y profundas, la diversidad y riqueza de las particularidades históricas y sus distintas temporalidades. Está en la posibilidad de ser una ciencia capaz de explicar y, con ello, capaz de permitir la toma de una conciencia histórica.

Siguiendo la propuesta de Braudel, su discípulo y colaborador, el norteamericano Immanuel Wallerstein publicó, en los años setentas y ochentas, *El moderno sistema mundial*, obra que hasta la fecha cuenta con tres volúmenes que abarcan desde mediados del siglo XV hasta el siglo XIX. Al igual que Braudel, Wallerstein no pretende analizar “todo lo ocurrido”, pues según nos dice, inspirado por el epigrama de T.J.G. Locher:

... 'no se debe confundir totalidad con completitud. El todo es más que la suma de las partes, pero también es sin duda menos'.⁴

En su obra Wallerstein elige como unidad significativa de análisis al sistema mundial moderno. A diferencia de Braudel, para quien la realidad concreta en su proceso histórico va definiendo los mecanismos y las articulaciones de las estructuras profundas. Wallerstein parte de un esquema teórico preconcebido, pues como él mismo señala:

*Estaba intentando describir el sistema mundial a un cierto nivel de abstracción, el de la evolución de las estructuras de la totalidad del sistema. Tenía interés en describir sucesos particulares tan sólo en la medida en la que iluminaran el sistema como ejemplos típicos de algún mecanismo, o en la medida en que fuesen puntos decisivos cruciales en algún cambio institucional de primer orden.*⁵

Wallerstein sostiene que a fines del siglo XV y principios del siglo XVI nació la economía-mundo europea como un sistema "mundial":

*...no porque incluya la totalidad del mundo, sino porque es mayor que cualquier unidad política jurídicamente definida. Y es una "economía-mundo" debido a que el vínculo básico entre las partes del sistema es económico, aunque esté reforzado en cierta medida por vínculos culturales y eventualmente, como veremos, por arreglos políticos e incluso estructuras confederales.*⁶

De acuerdo con el autor de *El moderno sistema mundial*, en sus orígenes la economía-mundo europea no era la única, pero al convertirse con el tiempo en la región geográfica de mayor actividad y dinámica capitalista, fue desbancando a las demás. Esto ocurrió debido a su capacidad tecnológica para incrementar el flujo de excedentes desde las zonas menos desarrolladas a las más desarrolladas, de las periferias y semiperiferias al centro, sin necesitar para ello de una estructura política demasiado compleja. Por este camino, la economía-mundo europea creció y se expandió, dominando al resto del mundo. Sobrevive aún, después de quinientos años, debido a un rasgo particular y sustancial, al hecho de que su forma capitalista de organización es consubstancial a la existencia de diversos sistemas políticos y permite en su seno la manifestación de múltiples sistemas de valores que reflejan las funciones específicas que los grupos y las áreas juegan en la división mundial del trabajo.

En su artículo "Aportación de la historia de las civilizaciones", Braudel nos remite a los avatares por los que atravesaron dos de los términos sobre los cuales se han cimentado muchas de las interpretaciones históricas de carácter global: *civilización* y *cultura*. En un sentido opuesto a las definiciones dadas por Toynbee y Spengler, Braudel recuerda que desde 1850 ambos tér-

minos pasaron del singular al plural y, a pesar de ello, las insistencias por reducir la historia a una línea que viaja en un único sentido, han proseguido.

Al pluralizar civilizaciones o culturas, —nos dice Braudel— se renuncia implícitamente a una civilización definida como un ideal, mejor dicho, como el ideal por antonomasia; se olvidan en parte las cualidades universales, sociales, morales e intelectuales que implicaba el término en el momento de su nacimiento. Se tiende ya a considerar con el mismo interés todas las experiencias humanas, tanto las europeas como las de los demás continentes.⁷

En *Civilización material, economía y capitalismo, siglo XV-XVIII* y en *Las civilizaciones actuales*, Braudel plantea cómo las civilizaciones y las culturas viajan juntas sin que por ello una se desprenda de la otra. Por lo menos al principio de su destino, todas las civilizaciones han sido “culturas”. Las civilizaciones son continuidades históricas que pueden permanecer encerradas por más o menos tiempo en su primer engranaje pero que cuando son liberadas alcanzan un tiempo largo, persisten de generación en generación, se resisten al cambio, y aunque de manera lenta, inconsciente o imperceptible, incorporan continuamente bienes culturales de civilizaciones vecinas. En el caso de las civilizaciones europeas, la incorporación de las experiencias de otras civilizaciones y la presencia de sus particularidades propias explican que en una coyuntura determinada aparezca el capitalismo, una forma económica hecha a la medida de las economías-mundo que les son subyacentes y de la cual son cómplices todos aquellos Estados, religiones y culturas “que le dicen sí al dinero”, que participan de este mercado cuya particularidad es la de ser universal.

Hasta aquí, de acuerdo con la concepción de Braudel, la historia del moderno sistema mundial, si bien está comandada por las economías-mundo europeas hasta el siglo XIX, su existencia no puede prescindir de sus “cómplices” y clientes, esto es, de aquellas economías semiperiféricas y periféricas que son parte de su sostenimiento. A diferencia de Braudel, los análisis particulares de cada uno de los casos concretos de las zonas semiperiféricas y periféricas hechos por Wallerstein se dirigen a “las aportaciones” que estas zonas procuran para el fortalecimiento del liderazgo del capitalismo y no a “las resistencias” que oponen otras civilizaciones y culturas. Tratar de explicar el sistema mundial desde, para y por “el centro europeo” es caer en eso que Braudel llamaría no “considerar con el mismo interés todas las experiencias humanas”.

Si como apunta Wallerstein:

...antes de la era moderna las economías-mundo eran estructuras altamente inestables, que tendían a convertirse en imperio o a desintegrarse y si los límites de una economía-mundo son siempre fluidos.⁸

¿Cuándo llegará el momento en el que nos interese por las formas no puramente capitalistas que sobreviven en las civilizaciones y culturas intermedias y marginales de la economía-mundo de los países altamente industrializados?

La obra de Wallerstein sistematiza, reorganiza y reinterpreta un conjunto de fuentes de segunda mano que abordan el tema del desarrollo del capitalismo. En este sentido el ejercicio de reflexión que efectúa resulta útil. Sin embargo, la historiografía requiere más que reinterpretaciones de interpretaciones, trabajos como el de Braudel, esto es, reconstrucciones que tomen como punto de partida las fuentes primarias y que utilicen los aparatos teórico-conceptuales sólo como orientaciones para ir al encuentro de las continuidades y las discontinuidades de la historia de las sociedades y no como medios para la confirmación de un *a-priori*. Queda como tarea para la futura investigación histórica abordar las realidades semiperiféricas y periféricas del capitalismo, con el viejo principio de la comprensión histórica cuyas herramientas imprescindibles son las fuentes primarias.

Es indudable que desde hace cinco siglos, progresivamente, el capitalismo se ha convertido en el sistema mundial dominante. Como puede advertirse en la obra de Wallerstein, y sobre todo de Braudel, los caminos elegidos por el capitalismo han sido seleccionados a partir de las necesidades de expansión de la producción y del consumo, teniendo como motor el mercado. Las relaciones de mercado han tenido una densidad y han establecido nexos distintos entre unas zonas geográficas y otras. Sería necesario emprender un estudio que invirtiendo la mirada, esto es yendo de las periferias al centro, desentrañara qué ha ocurrido con estas zonas durante estos cinco últimos siglos, qué estrategias de sobrevivencia han diseñado, qué vínculos culturales han mantenido unas regiones con otras y con el centro, en suma, explicar, también desde una perspectiva global, las múltiples y diversas manifestaciones humanas de los pueblos más o menos alejados de las economías-mundo, no en función de sus "aportes" al capitalismo sino en función de su vida específica.

NOTAS

- ¹ Francois Dosse. *La historia en migajas. De "Annales" a la "nueva historia"*. Valencia. Edicions Alfons Magnanime Institutio Valenciana D'Estudis I Investigació, 1988, p. 263-272.
- ² Peter Burke. *The French Historical Revolution. The Annales School 1929-89*. Cambridge, Polity Press, 1990, p. 6-31.
- ³ Fernand Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. 2 v. México, Fondo de Cultura Económica, 1981. V. I, p. 795.
- ⁴ Immanuel Wallerstein. *El moderno sistema mundial*. 2 V. México, Siglo XXI, 1979, 1984. V. I., p. 14.
- ⁵ *Ibid.*
- ⁶ *Ibid.*, p. 21.
- ⁷ Fernand Braudel. *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 137.
- ⁸ Immanuel Wallerstein, *op. cit.*, p. 491.